



Homo vampyrus

El eslabón supremo de la
cadena trófica

Antonio García
Velasco

Antonio García Velasco

Homo vampyrus

El eslabón supremo de la cadena trófica

© Antonio García Velasco

Diseño y cubierta: AGV

ISBN: 9781688170865

Sello: Independently publishe

KDP-Amazon

Agosto, 2019

*Cuando más confunda el humorismo los elementos
del mundo, mejor va. Que no se conozca si es
objetivo o subjetivo su plan. Que cometa el disparate
de reunir dos tiempos distintos o repetir en el mismo
tiempo cosas remotas entre sí.*

*Hay que desconcertar al personaje absoluto que
parecemos ser, dividírle, salirnos de nosotros, ver si
desde lejos o desde fuera vemos mejor lo que sucede.*

Ramón Gómez de la Serna.

Necesaria introducción

Cuando pregunté, en la conserjería de la facultad, si tenía correspondencia, me dieron sólo un sobre de carta con mi nombre y apellidos. Se notaba a simple tacto que contenía un dispositivo de memoria USB. Inmediatamente pensé en el trabajo de alguno de mis alumnos. No era así. El *pendrive* venía acompañado de una carta, que me dispuse a leer:

Dr. D. Antonio García Velasco
Profesor de Lengua y Literatura

No sé si comenzar pidiéndole perdón por la osadía de esta carta y el dispositivo de memoria que la acompaña. Pero usted me ha parecido la persona idónea, pues conozco su faceta de escritor y fue profesor mío hace ya bastantes cursos. Le adjunto una especie de memorias de mis primeros años de vampiro. Puede hacer con el libro lo que quiera, incluso tirarlo al vacío y aprovechar el dispositivo de grabación y lectura para uso personal. Pero, por otra parte, confío en que sepa apreciar mi escrito y publicarlo. En este caso, lo más adecuado es que emplee su nombre como si el texto fuese fruto de su propia fantasía. Nos

ahorraría posibles problemas al colectivo al que pertenezco. Verá: por insólito que pueda parecerle, soy, como acabo de decirle, un vampiro. La gente piensa que tales criaturas son fruto de la fantasía demoníaca de ciertos autores, pues, los vampiros son, para ellos, criaturas sanguinarias y malvadas que siembran el mal por su naturaleza maligna. Nada más lejos de la realidad, como podrá comprobar si lee las páginas adjuntas.

Usted es un novelista imaginativo e insólito. Libros como *Lejano siglo XX*, *Altos vuelos*, *Secretos revelados (Memorias de mi Eterna llamarada, de amores, fobias y secuestro)* o *El pueblo de los misterios* así lo acreditan. A nadie extrañará que ahora aparezca un nuevo libro suyo contando una historia de vampiros que escapa de lo comúnmente aceptado como rasgos propios de esta especie. Nadie pensará que realmente existimos y tenemos apariencia normal y, como seres humanos normales, nos desenvolvemos en la vida cotidiana. Seguirán apareciendo cadáveres y todos continuarán pensando que son muertos por sobredosis, pues, en este siglo de desquiciamientos y enajenaciones, el

comportamiento de los seres humanos está muy lejos de la conducta inteligente, o, si prefiere, propia de seres inteligentes.

Se preguntará, tal vez, por el motivo que me lleva a proponerle la publicación de este libro. Verá: los vampiros hemos superado muchos de los defectos de los seres humanos, estamos en un estadio superior de la evolución y considero un compromiso conmigo mismo dar a conocer con evidencias –aun fabularias– que otra forma de concebir la vida es posible. Tenemos necesidad de plasma sanguíneo humano, pero del mismo modo que los humanos tienen necesidad de sacrificar animales para alimentarse. El homo sapiens terminó imponiéndose a los neanderthalensis y a otros homínidos, que desaparecieron del planeta. Eran seres más evolucionados. No le digo lo que puede ocurrir cuando el homo vampyrus se extienda y sea el dominante. Y no sería malo, señor, pues, por naturaleza somos más evolucionados, como comprenderá si lee mi libro, su libro, desde ahora.

Debo comentarle que he cambiado mi nombre y el nombre de quienes hablo en este conjunto de páginas. La razón es obvia:

no puedo dar pistas para seguir el rastro de ninguno de nosotros, los vampiros, y, en consecuencia, seamos descubiertos y comience una guerra de las muchas que han emprendido los humanos, como si la belicosidad fuese consustancial con su ser. Usted, por favor, si lo cree oportuno, presente este libro como una novela suya, fruto exclusivo de su fantasía. Le prometo que, si todo va bien, haré lo posible para que se convierta en vampiro y consiga la inmortalidad. Aunque acaso, antes, si me animo a escribirlo, reciba un nuevo libro con la historia de cuanto me acontezca desde el momento en que he dejado escrito lo que le entrego.

Cordialmente

Benito Calvo Ortega

He decidido, por supuesto, publicar el libro como una novela mía, fruto de mi invención fabularia. Y también la carta. Que cada uno saque sus propias conclusiones.

La transformación

Convertirme en vampiro ha sido lo mejor que me ha ocurrido en la vida. Ésta es una manera de ser que tiene grandes ventajas, como he ido descubriendo desde el primer día de mi transformación. Bien pensado, hasta fue agradable la seducción de la bella Alejandra. Me miró dulcemente, sonriendo, como diciéndome “me gustas”. Y acudí a su llamada.

–Hola, bella, hermosa, sirena, atractiva, seductora, encanto, tragal esplendoroso, luna llena, jardín florecido, brisa suave, linda mujer... –le lancé así, de pronto, todo mi repertorio de adjetivos y halagos enaltecedores.

Y pensé que ella se había impresionado y, consecuentemente, me sonreía, me alentaba, me permitía tomar su mano, conducirla a la íntima oscuridad del jardín cercano al lugar donde celebrábamos la fiesta.

–Me llamo Alejandra –dijo como quien suspira por mí.

Y no pude resistir: “Temo que voy a besarte”, anuncié. “Eres irresistible, mujer”. Y mis labios ya rozaban los suyos. Oh, delicia de besos y caricias, de manos pulpos, de brazos envolventes, de excitaciones y pieles encendidas. Ella apartó sus labios de los míos, recorrió en besos tiernos mi mejilla, mi cuello... En ese punto sentí el desgarrar de sus colmillos en mi garganta. Experimenté la succión de mi sangre,

la creciente debilidad de mi cuerpo... el desplome final.

Mis amigos me encontraron a altas horas de la madrugada. Pensaron que estaba borracho, drogado, enajenado, acaso, muerto. Consiguieron reanimarme:

–Alejandra, Alejandra, ¿dónde está Alejandra? –pregunté.

–Delira en su “colocón extremo”, dijeron.

–Ven. Con Alejandra te llevaremos – anunciaron.

Me trasladaron a la clínica más próxima. El médico de urgencia diagnosticó una lipotimia y, en la analítica de sangre que efectuaron, apareció reflejada una extraña sustancia que recorría mis venas invadiendo mi escaso plasma sanguíneo, transformando mi metabolismo, haciendo crecer mis colmillos... Ellos no conocían la enfermedad, pero yo ya estaba seguro de que Alejandra había inoculado en mí la semilla, presuntamente demoníaca, del vampirismo.

La enfermera se acercó a mi cama para abrirme una vía y colocar el suero...

–¿Cómo te llamas? –susurré apenas con un hilo tenue de voz.

–Laura.

–Eres muy joven.

–Sí. Sólo hace un año que terminé la carrera.

–Pero has sido una alumna brillante, ¿verdad?

–Bueno, Matrícula de Honor en todas –se ruborizó.

–Se te ve en la cara la inteligencia. Y la belleza.

–Gracias.

–Seguro que te pagan poco.

–Es lo que hay –sonrió con dulzura–. Al menos estoy trabajando.

Tomó mi mano izquierda y, cuando se disponía a clavar la aguja en mi vena, extendí mi derecha, acaricié su pelo, la atraje hacía mí y, antes de que pudiese reaccionar, mordí su cuello, encontrando el remedio a mi debilidad. Escapé de la clínica fortalecido, dejando, supuestamente, un rastro de asombro e inexplicación. Tendría que replantearme la vida, buscar una solución a mi nueva condición de ser vivo o, tal vez, según pensaba entonces, muerto, acaso existente en otra dimensión, con otras necesidades y otros problemas.

Volví a casa. Evité a mis padres para ahorrarme explicaciones y, sin más, me encerré en la habitación, donde permanecí hasta que mi madre, ya a la hora de comer, me llamó con preocupación: “¿Te ocurre algo, te sientes mal, qué te pasa, hijo mío?”

–Estoy bien, mamá. No te preocupes. Ahora salgo a comer.

Ella se retiró, al parecer, tranquilizada. Me miré en el espejo y me encontré pálido, ojeroso,

cadavérico. “Mi madre se preocupará mucho si me ve en tal estado. ¿Qué puedo hacer?” En ese momento me percaté del objeto que había en el bolsillo derecho de mi pantalón. Era un tarrito con una pócima, envuelto en un papel, en el que aparecía un mensaje escrito con una curiosa caligrafía:

Unas gotas de este elixir transformarán tu apariencia en ser normal. Te darán la forma del humano que eras y podrás convivir con tus amigos y familiares. Pero no olvides que eres de los nuestros, un vampiro. Alejandra.

¡Oh, Alejandra, Alejandra, caí en tus brazos seductores! ¿Por qué te fijaste en mí, por qué me elegiste entre tantos como había en la fiesta?... Mi madre volvió a llamarme. Tomé las gotas del brebaje y salí de la habitación.

Ellos me esperaban para comer. No notaron nada que les hiciera sospechar mi transformación: “Anoche volví muy cansado”, dije a modo de explicación.

—¿Anoche? —Preguntó mi padre—. Has estado dos días y dos noches encerrado en tu habitación. Tus amigos han llamado mil veces preguntando por ti. Pero estabas muy dormido para despertarte. Les dijimos, simplemente, que estabas bien.

Parece que nada comentaron sobre mi estancia en la clínica, ni sobre mi huida, ni sobre Laura... ¿Qué habrá sido de Laura? ¿También se

habrá transformado en vampiro? ¿O no tengo el poder de contagiar, de transformar, como Alejandra? ¡Era una chica tan delicada y tierna, de tan sabrosa sangre!

—¿Tanto tiempo? Me he sentido mal, muy mal —expliqué.

—¿Y no has dicho nada, hijo mío! —preguntó, se admiró mi madre.

—No quería preocuparos.

—No vuelvas a hacerlo —me recriminó con dulzura.

Terminamos la comida sin más conversación, como tantas otras veces. Y anuncié que saldría a dar un paseo.